

www.elboomeran.com

Anne Wiazemsky

Un año ajetreado

Traducción de Javier Albiñana



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:
Une année studieuse
© Éditions Gallimard
Paris, 2012

*Ouvrage publié avec le concours du Ministère français
chargé de la Culture-Centre national du Livre
Publicado con la ayuda del Ministerio francés
de Cultura-Centro Nacional del Libro*

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A
Ilustración: foto © Michel Le Tac / PARIS MATCH / SCOOP / CONTACTO

Primera edición: febrero 2013

© De la traducción, Javier Albiñana, 2013
© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2013
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7857-8
Depósito Legal: B. 33432-2012

Printed in Spain

Reinbook Impres, sl, av. Barcelona, 260 - Polígon El Pla
08750 Molins de Rei

A Florence Malraux

Un día de junio de 1966, escribía una breve carta a Jean-Luc Godard, dirigida a *Les Cahiers du Cinéma*, rue Clément-Marot, París 8. Le decía que me había gustado mucho su última película, *Masculino Femenino*. Le decía también que amaba al hombre que se hallaba detrás de aquello, que lo amaba a él. Había actuado sin calibrar el alcance de ciertas palabras, tras mantener una conversación con Ghislain Cloquet, a quien conocí durante el rodaje de *Al azar, Baltasar* de Robert Bresson.

Trabamos amistad, y Ghislain me invitó a comer la víspera. Era domingo, teníamos tiempo por delante y fuimos a dar un paseo por Normandía. Llegado un momento, le hablé de Jean-Luc Godard, de lo mucho que lamentaba que se hubieran «frustrado» nuestros tres primeros encuentros. «¿Por qué no le escribe?», preguntó Ghislain. Y ante mi expresión dubitativa, añadió: «Es un hombre que está muy solo, ¿sabe usted?» Luego se entretuvo recordándome lo distinta que era mi actitud un año atrás.

Jean-Luc Godard había acudido al rodaje de *Baltasar* invitado por la productora, Mag Bodard. Ésta me había obligado a comer con ellos y yo había accedido de muy mala

gana. Aunque sabía quién era, no había visto ninguna película suya, harta de las polémicas que suscitaba: en mi entorno, en la prensa, todo el mundo se creía obligado a defender o atacar su cine; resultaba impensable ignorarlo. Un año después, el recuerdo de aquella comida me avergonzaba un poco. Robert Bresson, a quien aquella visita importunaba, se había burlado mucho de él. Lo había hecho amparándose en su habitual cortesía, dándoselas de inocente y dirigiéndome sonrisas de complicidad

Aquel mismo año tuvimos un segundo encuentro. Robert Bresson visionaba los copiones de su película en el laboratorio LTC, lo acompañé y lo esperé leyendo en el café de enfrente. Jean-Luc Godard entró, me vio y se dirigió directamente hacia mí, como si tuviese algo importante que decirme. Pero, tras unos minutos de silencio, me preguntó señalando mi libro: «¿Está leyendo usted el *Diario del cazador*?» «Sí.» «¿Le gusta?» «Sí.» Y reanudé la lectura sin prestarle más atención.

El tercer encuentro se remontaba al mes de junio.

Yo había abandonado durante unas horas mi estancia en el campo, donde repasaba el examen de final de bachillerato, para acudir a casa de Roger Stéphane, quien, maravillado por *Al azar*, *Baltasar*, le dedicaba todo su programa de televisión *Pour le plaisir*. Entrevistaba a Robert Bresson, a mí, a distintos miembros del equipo y a un gran número de personalidades. Entre ellos, Jean-Luc Godard, contra el que tropecé bruscamente en la escalera del edificio, yo de bajada y él de subida. «¡Cretino! ¡Imbécil! ¡Estúpido!», sin ver con quién me las tenía. Y, mientras me ayudaba a incorporarme disculpándose, murmuré: «¡Oh, perdón!» Acto seguido me escabullí, abrumada por mi timidez. Todo había cambiado desde que vi *Pierrot el loco*, cuya trágica belleza me sobrecogió. No fui a ver sus películas antiguas pero aguardé con impaciencia la siguiente.

Masculino Femenino fue el detonante. De modo totalmente irracional vi en ella una especie de mensaje dirigido a mí y lo contesté.

Una vez enviada la carta, acudí, por primera vez en mi vida, al cóctel de la editorial Gallimard. Acababa de suspender el examen de filosofía de final de bachillerato y tenía que presentarme al oral de recuperación en septiembre. A pesar de ese fracaso y de mi timidez, experimentaba aquel día una extraña energía.

En el jardín se agolpaba un montón de gente, escritores que había visto en la televisión, algún amigo de mi familia, y muchos desconocidos. Por fortuna se hallaba presente Antoine Gallimard, con quien mantenía amistad desde mi adolescencia y que me ofreció una copa de champán. En voz baja me dio cuenta de quién era quién. La segunda copa de champán puso fin a mis miedos, y le pregunté con curiosidad si el hombre que estaba junto al bufé era Francis Jeanson. Antoine asintió.

Había oído hablar de Francis Jeanson a mi abuelo, François Mauriac, quien había evocado en diversas ocasiones su actividad durante la guerra de Argelia, su apoyo al FLN, la creación de una organización que ostentaba su nombre. Perseguido por la policía, finalmente había sido indultado y campaba a su antojo, como un hombre libre.

Pero para mí Francis Jeanson era sobre todo un allegado de Sartre y de Simone de Beauvoir, a quien yo admiraba fervientemente desde los albores de mi adolescencia, desde la lectura de *Memorias de una joven formal*. Francis Jeanson le había dedicado obras que yo había leído. Sabía también que había enseñado filosofía en Burdeos. Este último extremo me decidió. Con una audacia de la que no me creía capaz, corrí hacia él para explicarle atropelladamente quién era y mi revés en el examen de bachillerato. Y concluí:

–Necesito que me dé clases de filosofía.

–¿Sólo eso?

Estaba un poco sorprendido.

–Sólo eso.

Intercambiamos nuestros teléfonos y me citó el 1 de agosto, en su casa de la rue Raynouard, en el distrito 16.

–Adiós, señorita.

–Adiós, señor Jeanson.

Tras estrecharnos la mano, Francis Jeanson reanudó la conversación que yo había interrumpido.

De pronto me invadió un intenso cansancio, como si acabara de participar en una extenuante competición deportiva.

–¿Ya te vas? –preguntó Antoine.

–Sí.

–Te acompaño a la puerta.

Permanecemos en la acera ante el número 5 de la rue Sébastien-Bottin comentando nuestras inminentes vacaciones de verano. Él iba a practicar la vela, a viajar; yo me marchaba dos días después al sur de Francia a ver a una amiga, para luego regresar a estudiar el 1 de agosto a París.

–Eres una caradura –dijo Antoine–, ¡mira que abordar a un hombre al que no conoces para pedirle que te dé clases de filosofía! –Y agregó, retomando una de sus bromas favoritas–: ¡Va a ser cierto que sólo te gustan los viejos!

Días antes ambos habíamos cumplido diecinueve años.

En la casa de mi amiga Nathalie en Montfrin, el tiempo pasaba rápido. Madrugábamos mucho para participar en la recolección de melocotones, un trabajo agotador que me encantaba. Consistía en recoger los frutos y clasificarlos en diferentes cajas según el tamaño. Había que trabajar de prisa y con precisión, junto con una veintena de jornaleros. Me

gustaba la luz dorada todavía tan suave de la mañana, el perfume mareante de los melocotones, el silencio concentrado de todos. Nathalie y yo poníamos todo nuestro empeño en no reducir el ritmo, en no charlar.

Por las tardes, descansábamos al borde de la piscina o, cuando apretaba el calor, en nuestros cuartos, con los postigos cerrados. La finca de la familia de mi amiga se hallaba situada a cierta altitud, con vistas a toda la comarca. Vivíamos en la mansión, que era un auténtico castillo del siglo XVIII, parecido a los castillos de los cuentos de hadas de mi infancia. No me cansaba de visitar las numerosas estancias y de hurgar en la biblioteca. La encargada de la casa nos preparaba las comidas, y las tomábamos solas en el imponente comedor.

Una noche, a eso de las diez, sonó el teléfono, que estaba en el vestíbulo, lejos del salón donde nos habíamos quedado. Nathalie salió a contestar, y gritó mi nombre. Ponía una cara muy rara cuando me alargó el aparato.

—Dice que es Jean-Luc Godard —murmuró incrédula.

La voz, al teléfono, era la suya, pero pensé que era una broma de Antoine, o de algún amigo nuestro, pues teníamos la edad y la costumbre de gastárnoslas. Sin embargo, la voz daba precisiones. Mi carta había llegado efectivamente a *Les Cahiers du Cinéma*, y el que mi interlocutor hubiera tardado en contestarme se debía a que estaba en Japón. Yo había olvidado poner mis señas y mi teléfono. Él había llamado de inmediato a la productora Mag Bodard, y luego a mi domicilio. Mi madre le había contestado «que yo me hallaba en algún lugar del Sur y que era difícil contactar conmigo». Godard había insistido mucho asegurándole que era muy importante y que, aun siendo las diez de la noche, tenía que hablar urgentemente conmigo. Mi madre acabó cediendo no sin reticencias.

–Necesito verla mañana. ¿Dónde está? ¿Dónde podemos encontrarnos?

Le pasé a Nathalie, en mejores condiciones que yo para contestarle. Se lo explicó: avión hasta Marsella, alquilar un coche, dirección Aviñón, después aparecía indicado el pueblecillo de Montfrin. Volví a coger el teléfono.

–Dígame algún café o restaurante donde podamos ver-
nos.

Como nunca me movía del castillo, no conocía ninguno.

–Pues entonces en el ayuntamiento. Todos los pueblos de Francia tienen un ayuntamiento.

Lo oí calcular en voz baja.

–Mañana a las doce. –Y añadió antes de colgar–: De-
lante del ayuntamiento, no lo olvide.

Nathalie y yo nos miramos en silencio. La radio, en el salón, difundía un vals de Strauss y, bruscamente, arrastrán-
donos la una a la otra, nos pusimos a bailar como locas en el vestíbulo desierto, riéndonos hasta saltársenos las lágrimas, de alegría, de impaciencia, de nervios, no sabíamos de qué.

Sí, allí estaba, a las doce, delante del ayuntamiento, vestido de calle, con un libro en la mano. Unas gafas de sol le ocultaban en parte los ojos pero mucho menos de lo que decían los periodistas. Lo veía chispear de alegría, una expresión acorde con su sonrisa franca e infantil. Nathalie y yo nos habíamos separado un cuarto de hora antes con la sensación de que comenzaba un día importante.

–Me ha dado tiempo de echar un vistazo por aquí, no hay nada... Lo mejor sería comer cerca de Aviñón. ¿Tiene usted hambre? He alquilado un coche.

Habló mucho durante el trayecto, como si le diera

miedo el silencio. Me pareció entender que se disponía a rodar dos películas a la vez, pero cuando quise preguntarle, había cambiado ya de tema: ¿cuáles eran mis escritores preferidos? ¿Me gustaba Mozart? El saber que me dedicaba a recoger melocotones antes de empezar a estudiar filosofía pareció interesarle especialmente.

En el restaurante, mientras que yo me puse a estudiar la carta con voracidad, él pidió lo primero que vio. Nos mirábamos a menudo pero nunca abiertamente, siempre de soslayo. En cuanto yo notaba clavarse sus ojos en mí, apartaba los míos y a la inversa. No era por hipocresía, era un juego entre su pudor y el mío. Me sentía feliz y sabía que él también lo estaba. Era una sensación sutil pero que fue acentuándose con el paso de las horas.

Al salir del restaurante, deslizó el brazo bajo el mío. A ambos nos parecía natural deambular el uno junto al otro por las calles de aquel pueblo próximo a Aviñón. ¿Nos tomaba la gente con la que nos cruzábamos por una pareja? Ni lo sabía ni me lo planteaba. Únicamente pensaba en disfrutar del placer que sentía notándolo pegado a mí, oyéndolo hablar, porque hablaba y hablaba...

En una tienda de discos, me regaló unos cuartetos de Mozart; en una librería, *Nadja* de André Breton. Me habría hecho más regalos si no le hubiera pedido que dejara de hacerlo, incómoda de pronto por tan excesiva generosidad.

Pero se acercaba el momento de su regreso a París, tenía que dejarme en Montfrin para luego trasladarse al aeropuerto de Marsella.

En el coche, aquella deliciosa sensación de felicidad se perdió. Él callaba, y yo no sabía qué decir. Se había instaurado entre ambos un pesado silencio. Él no apartaba la vista de la carretera y yo contemplaba el paisaje. Me daba la sensación de que entre nosotros se había interpuesto algo

irremediable que lo había echado todo a perder, y de que lo veía por última vez.

Detuvo el coche en la terraza en forma de media luna, junto a la mansión, tan brutalmente que estuve a punto de golpearme contra el parabrisas. Después soltó el volante y me estrechó en sus brazos. Murmuraba que le resultaba dolorosísimo separarse de mí, que no podía ya plantearse una vida sin mí, que, que... Lo interrumpí: «Vuelva.» «Sí.» Depositó un casto y rápido beso en mi mejilla y me apeé de inmediato, azorada y con el corazón más acelerado que nunca.

Durante tres días recibí varios telegramas en los que me repetía lo que me había murmurado en el coche. Yo los leía una y otra vez. Casi todo se volvía confuso, irreal. Sin embargo, me levantaba a la misma hora, me reunía con Nathalie y los jornaleros para seguir participando en la recolección de melocotones. Pero en el transcurso del día las cosas comenzaban a ir a peor. Escuchaba sin parar los cuartetos de Mozart. Me mantenía con frecuencia junto al vestíbulo: por aquel entonces, una operadora leía primero el texto del telegrama que el empleado de correos entregaba varias horas después. Por fin llegó uno que me daba cita a las doce del día siguiente, ante el ayuntamiento.

Enseguida caímos en los brazos el uno del otro. Un abrazo púdico pero que traslucía a las claras el deseo de amor. Nos dirigimos de nuevo al pueblo cercano a Aviñón y ocupamos la misma mesa en el mismo restaurante: celebrar esa suerte de ritual nos divertía, nos protegía. Dijo que quería tutearme y muchas más cosas. Aceptar el tuteo significaba quizá aceptar lo demás pero sin pronunciar palabras que implicaran un compromiso más rápido. No significaba

apocamiento por su parte o hipocresía por la mía. No había que precipitarse, sino avanzar despacio, con mesura; disfrutar de ese tiempo de espera en el que aprendíamos a conocernos.

Sobre todo hablaba él pero mis silencios «decían mucho», me escribiría al día siguiente.

Para mi sorpresa, me refirió el gran espacio que yo ocupaba en su vida, desde hacía un año.

Todo empezó con *Le Figaro* y una foto mía, tomada durante el rodaje de *Al azar, Baltasar*.

—Me enamoré de la joven de la foto. Para conocerla y con la complicidad de Mag Bodard, propuse entrevistar a Robert Bresson para *Les Cahiers du Cinéma*.

Recordaba todos los pormenores de aquella comida.

—¡Estuvisteis odiosos, los dos, odiosos! ¡Él aseguraba ignorar la novela *Miguel, perro de circo*, y tú bebías sus palabras y lo aplaudías con adoración!

Yo cuestionaba el término «adoración» pero él se mantenía en sus trece. Su insistencia me daba risa. Adoptó un tono más grave: ¿había estado yo enamorada de Robert Bresson? ¿Habíamos sido amantes? De ser así, ¿seguíamos siéndolo? Su cara seria, su modo de interrogarme mirándome a los ojos se me antojaban tan disparatados que me limitaba a contestar encogiéndome de hombros. Pero lo vi ensombrecerse: «No, claro que no.» De inmediato se quedó aliviado y me tomó las manos por encima del mantel.

—Quiero que sepa cuál es exactamente mi situación.

A ratos volvíamos a tratarnos de usted.

El restaurante donde habíamos comido se iba quedando vacío. Una joven barría el suelo entre las mesas, el camarero leía un periódico tras la barra. Nadie nos pedía que nos marcháramos, parecían habernos olvidado. Jean-Luc aprovechó para explicarme en términos muy claros, con un

mínimo de palabras, que había amado apasionadamente a Anna Karina, que había sufrido muchísimo cuando ella lo abandonó pero que su relación había terminado hacía tiempo. Agregó que había estado enamorado de Marina Vlady hasta el día en que fue a verme a Montfrin. Y al prendarse de mí dejó de amarla. Con una iba a rodar *Made in USA*, y con la otra, a partir del 8 de agosto, *Dos o tres cosas que yo sé de ella*.

—Así de sencillo, estoy solo, soy libre, no tengo vínculo alguno. ¿Y usted?

Le referí brevemente mi primer amor infeliz durante el rodaje de *Al azar, Baltasar*.

—¿Todavía le quiere?

—No.

Su risa al oírlo, tan alegre, tan despreocupada. Acabábamos de hablarnos con sinceridad, nos habíamos escuchado con atención, con confianza. No se me ocurría poner en duda sus palabras, ni a él las mías.

Una vez salimos a las calles desiertas, reanudó el relato del año que acababa de transcurrir.

Había entrado en el café que estaba enfrente del laboratorio LTC porque me vio leyendo allí. Me abordó con el propósito un tanto loco de decirme: «¿Quiere casarse conmigo?», pero se vio incapaz de expresar nada. Del mismo modo, tras nuestro encuentro en la escalera de la casa de Roger Stéphane, corrió en mi busca para invitarme a tomar una copa, pero yo ya había desaparecido. Después acudió a varias proyecciones de la película de Robert Bresson esperando que el destino nos hiciera coincidir de nuevo. En vano.

—Me había resignado a no volver a verte cuando...

Adoptaba un tono malicioso, disfrutando con revivir aquellos momentos, hacía pausas.

—... ¡cuando recibiste mi carta!

—¡Un milagro! Volví de Japón para ultimar los preparativos de mis dos películas y pasé casualmente por *Les Cahiers*. Nunca abro el correo que recibo allí, pero había una carta en el escritorio con una nota de disculpa de la secretaria: había abierto por descuido una carta dirigida a mí... Iba a tirarla a la papelera cuando vi tu firma...

Nos habíamos sentado en un banco de una plaza, a la sombra de una vieja higuera. Por último, murmuró:

—*Oh, Jeanne, qué extraño camino he tenido que recorrer para llegar hasta ti.*

Y ante mi cara de sorpresa me explicó:

—Es lo que le dice el ladrón a Jeanne en el locutorio de la cárcel. ¿No has visto *Pickpocket* de Robert Bresson?

Al finalizar el día, en el coche, nos hallábamos de nuevo abrumados de tristeza y desconcertados de estarlo hasta tal punto. Separarse, irse cada cual por su lado nos dejaba mudos, incapaces de dar con las palabras que reconfortan.

Al llegar a la terraza en forma de media luna ante el castillo, se le iluminó de pronto el semblante.

—Tengo una idea: me acompañas a Marsella y te daré dinero para que vuelvas en taxi. —Y añadió, sin darme tiempo a argumentar—: Pero tiene que acompañarnos tu amiga, no quiero que vuelvas sola. Siendo dos no corréis ningún peligro.

Circulábamos hacia Marsella. Yo iba sentada a su lado, Nathalie iba detrás. No había aceptado de inmediato la propuesta, cuando menos inesperada. Pero él se la había presentado con tal cordialidad y emoción que acabó cediendo. «Bueno, por ser usted», le dijo. «¿O sea que podía haber sido con algún otro?» Le contestó como un rayo, con esa malicia infantil que le salía de modo espontáneo cuando era

feliz o simplemente estaba de buen humor. Nathalie se ruborizó. «Qué encantadora, me gustaría filmar la cara de una jovencita en el momento en que se ruboriza.» Pasaba con rapidez de uno a otro tema, hacía malabarismos con las ideas y las imágenes. Nathalie estaba desconcertada como lo estuve yo el primer día.

Al observar las reacciones de mi amiga, comprendí que me había adaptado a aquel hombre extraño que no se parecía en nada a ninguno de los que conocía. En dos encuentros y unos cuantos telegramas, había pasado a resultarme familiar.

No dijo gran cosa durante el trayecto. Pese a su desenvoltura del principio, la presencia de Nathalie detrás le intimidaba. Sin embargo, ella se comportaba discretamente, se limitaba a contemplar el paisaje, o a aventurar de cuando en cuando alguna observación trivial. Vestía, como solía hacerlo aquel verano, un pichi de madrás a cuadros azules y rosas que le sentaba muy bien. Era rubia y tenía la nariz quemada por el sol. Yo tenía la nariz igual y llevaba el pelo recogido en un amago de cola de caballo. Vestía unos vulgares vaqueros y un viejo polo descolorido. Cuando le presenté a Nathalie, Jean-Luc comentó: «¡Qué buena pinta tienen Anne y usted! ¡Excelente combinación, trabajo campestre y vacaciones de estudio en la piscina!»

Estábamos parados en un semáforo, cerca del aeropuerto. Me miró y miró a Nathalie, por el retrovisor.

—¿Saben a quién me recuerdan, las dos? A Delphine y Marinette, las niñas de *Los cuentos del gato encaramado* de Marcel Aymé. ¿Los han leído?

Hasta el último aviso, Jean-Luc me tuvo apretada contra él murmurándome palabras de amor, asegurándome que volvería pronto. La pena tan manifiesta que sentíamos am-

bos impresionó a Nathalie, que le dijo balbuceando, sorprendida de su propia audacia:

—La próxima vez, si le apetece, venga a comer a casa. Pero no tarde mucho, que dentro de ocho días llegan mi madre y mi hermano...

Lo vimos alejarse con los últimos pasajeros del vuelo. Antes, tras devolver el coche de alquiler, había elegido un taxi, había explicado al taxista adónde debía llevarnos y le había pagado por adelantado dejándole una buena propina. De modo que el hombre nos esperaba de excelente humor.

Sentadas detrás veíamos declinar el sol, un tanto inquietas de hacer solas un trayecto tan largo en taxi, repentinamente cansadas como sucede tras experimentar demasiadas emociones. Yo estaba triste y había contagiado mi tristeza a Nathalie. La presencia del taxista nos mantenía mudas mientras circulábamos en medio de la noche.

—¡Qué diría mi madre si nos viera! —murmuró por fin Nathalie.

—¡Y la mía!

Nos reímos en silencio como unas crías. Habíamos pensado tan poco en nuestras madres durante los últimos tiempos...

—¿Estás enamorada? —murmuró de nuevo Nathalie.

—Creo que sí.

Estábamos durmiéndonos cuando el taxi entró en la terraza, a la entrada de la finca. El taxista se apeó, nos abrió la puerta inclinándose y nos dijo con tono irónico:

—¡Princesas, han llegado ustedes!

Cuarenta y ocho horas después, Jean-Luc estaba de vuelta. Llegó más tarde que las otras dos veces, a media tarde, y aparcó directamente delante de la finca. Nathalie y

yo lo esperábamos sentadas en el murete de piedra que circundaba la terraza en forma de media luna.

—Tengo una reserva para el último vuelo, el de las diez.

—Quédese a cenar —dijo Nathalie con naturalidad.

Se sentó a nuestro lado y nos contó que Marina Vlady se negaba a seguir sus indicaciones, lo cual le sacaba de quicio.

—¡Y mira que es sencillo, lo único que le pediré cuando haga mi película es que venga andando al lugar del rodaje, que está en las afueras!

—¿Vive lejos? —preguntó Nathalie.

—¡En Ville-d'Avray! ¡Tampoco es para tanto caminar en verano, cuando hace buen tiempo! Los actores son tremendamente perezosos, ¿no te parece?

La pregunta iba dirigida a mí, pero yo no sabía qué contestar. Había visto algunas películas de Marina Vlady, cuya belleza me maravillaba, y me costaba imaginar a la protagonista de *La princesa de Clèves* o de *Adorable mentirosa* caminar dos horas todas las mañanas para acudir a su lugar de trabajo. Pero Jean-Luc insistía:

—¡Bien trabajáis Nathalie y tú tres horas todas las mañanas recolectando melocotones! —Y como seguíamos sin decir nada, añadió—: Ya veis que tengo razón.

Luego me propuso que fuéramos a dar un paseo por Aviñón, donde el festival de teatro tocaba a su fin. Acepté, y ofreció a Nathalie que se uniera a nosotros. Pero no quiso. ¿Era discreción, timidez? Su sonrisa cortés no dejaba traslucir nada.

—Volved antes de que caiga la tarde y disfrutaréis del frescor del otro lado del castillo, veréis que agradable.

En la calles de Aviñón, Jean-Luc improvisó enseguida un juego; consistía en esquivar a sus numerosos conocidos,

directores de cine, o actores y actrices que me iba nombrando. Nos besábamos en los portales, y cuando aparecía alguien nos escabullíamos. Nos lo pasábamos de maravilla, con él me sentía como con mis amigos de infancia. En aquellos momentos, él tenía mi edad, lo cual había dejado de sorprenderme. Me venía a la memoria una frase que había oído no sabía dónde: «Las personas a las que quiero tienen mi edad.» Era exactamente eso.

Mientras Jean-Luc elegía cuidadosamente los libros que quería regalarnos a Nathalie y a mí, lo abordó un hombre al que no había visto acercarse. Yo me hallaba a cierta distancia, me llamó y nos presentó. Mi nombre no le decía nada y a mí el suyo me resultaba desconocido. Entonces Jean-Luc repitió mi nombre y añadió:

—Es la intérprete de *Al azar, Baltasar*, le película de Robert Bresson.

Ya fuera, me tomó de la mano y me dijo:

—Estaba orgulloso de que te vieran conmigo. ¿No te importa?

—No, qué va.

—Entonces, no nos ocultemos más.

Nos paseamos una hora más por las inmediaciones de la place de l'Horloge y del palacio de los papas, cogidos de la cintura o de la mano, pero no volvió a encontrarse a nadie. Jean-Luc se llevó una gran decepción.

Nathalie me había pedido que le enseñara los jardines que rodeaban el castillo mientras ella preparaba el aperitivo. Jean-Luc valoraba cada detalle que yo le señalaba. Le gustaban los cipreses, los laureles, los macizos de flores y el diseño perfecto de las avenidas. Le impresionaba la belleza del conjunto, decía que estaba cargado de historia, se quedaba pensativo: ¿eran dignos de aquel lugar sus propietarios y por

qué estaba reservado a unos pocos privilegiados? «La belleza debería pertenecer a quienes saben admirarla», murmuró de pronto con un asomo de amargura. Yo no le entendía.

—Es igual —dijo recobrando su buen humor—: *Hablo para mi sayo*. —Y como yo seguía sin entenderle, añadió—: Es lo que contesta Sganarelle a don Juan. ¿No estudiasteis a Molière en el colegio?

Estábamos sentados en un banco de piedra. La campiña se serenaba en derredor. Se oían nítidamente el zumbido de las abejas en las matas de espliego, los gritos de las golondrinas y de los vencejos.

—Tengo que decirte una cosa.

Como ya lo había hecho cuando me hablaba de su vida pasada, me tomó las manos y me contempló muy serio.

—Cierta prensa anuncia mi noviazgo con Marina Vlady. Es falso, por supuesto.

Me crispé, lo notó y acentuó la presión de sus manos, por supuesto.

—Hasta tal punto es falso que si te cabe la menor duda renuncio a rodar *Dos o tres cosas que yo sé de ella*. Cuando quería hacer esa película, no te conocía, ahora me trae sin cuidado. ¿Me crees?

—Sí.

Nos llamaba Nathalie, tomamos la avenida que subía hacia el castillo. Justo antes de reunirnos con ella, se detuvo y me manifestó su deseo de quedarse en Montfrin a pasar la noche conmigo. Con la misma naturalidad, le di el consentimiento.

Nathalie no lo aprobaba. Se alegraba sinceramente de aquella historia de amor nacida ante sus ojos, pero albergar la primera noche de dos amantes se le antojaba por encima de sus posibilidades. «Si se entera mi madre...», no dejaba

de repetir. Jean-Luc, con dulzura y firmeza, intercedía por nosotros: tomaría el vuelo Marsella-París de las seis de la mañana, abandonaría la finca a las cuatro. Le suplicaba. Yo no decía nada, pues sabía que a Nathalie, no obstante su amistad y su afecto, la escandalizaba que yo «me acostase» tan rápidamente y en su casa.

Al final cedió. Jean-Luc, agradecido, se levantó y la besó en ambas mejillas. Yo estaba a punto de disculparme.

La circunspección y el temor se reflejaba en nuestros rostros cuando yo cerré la puerta de la habitación. Nathalie dormía al lado, y me daba miedo hablar en voz alta o hacer ruido. También me daba miedo lo que iba a suceder, comportarme como una pazguata, mostrarme patosa, insensible, en resumidas cuentas me daba miedo mi ignorancia. Había hecho el amor un año atrás y después unas veces más con un hombre un poco mayor que yo. Aparte de la satisfacción de no ser ya virgen, no había experimentado gran placer y aquel al que yo llamaba «mi amante» me había dado a entender a las claras que, sí, yo poseía cierto encanto, pero que en ese terreno...

Los postigos de la habitación permanecían abiertos a una noche fragante en la que dominaba el canto de las cigarras. La luna, en cuarto creciente, iluminaba levemente la habitación. Una vez nos habituamos a aquella penumbra, nos miramos, a unos centímetros el uno del otro, de pie, sin movernos.

Jean-Luc se había quitado las gafas. Descubría sus hermosos ojos, que me miraban muy abiertos, clavados en los míos. Su mirada era tan dulce que casi parecía triste. Daba la impresión de ofrecerse a mí sin pedir nada a cambio, de entregarse totalmente y para siempre. Sin gafas, mostraba algo oculto, algo muy íntimo.